

La hora de Carter

habilidades de llegar a serlo por vía electoral cuando su Presidente termine el mandato: Mondale, nombrado ahora por Carter, podría ser el Presidente accidental de los Estados Unidos a partir de noviembre y podría ser el candidato más calificado a la elección dentro de ocho años si Carter fuese elegido. El sistema clásico es la elección del antipoda para sumar votos.

En este caso, Carter es del Sur —y muy del Sur, y eso tiene en contra: los Estados Unidos son reacios a elegir para la Presidencia a un hombre del Sur— y Mondale es algo más que del Norte, es nordista. Si Carter representa un conservadurismo, una derecha, Mondale pertenece al ala liberal y joven del partido. Carter representa la mentalidad agrícola —tradicional—: Mondale, la industrial, nueva y abierta. Se ha especializado en temas sociales: los sindicatos le apoyan. Carter ha sido acusado de tendencias racistas: no parecen muy acentuadas y se estima que sin ellas no podría haber hecho su carrera política en el Sur (fue gobernador de Georgia); en cambio, Mondale tiene el apoyo de los negros por sus campañas en favor de los derechos civiles. Si para los padres, los cabezas de familia, Carter representa la vieja estabilidad, el buen sentido común antiguo —es "un reflejo del pasado, el símbolo de un mundo muy simple que ha desaparecido", según un editorialista de la misma línea tradicional, James Reston—, Mondale tiene para los hijos, para los jóvenes —dentro de un mundo ordenado de jóvenes: los grandes marginados de la juventud izquierdista siguen creyendo en que todo es farsa— un gran atractivo por sus sucesivos intentos de reformar el sistema electoral y el parlamentario en un sentido más favorable a la democracia. Se dice que los judíos están con él y que también puede sumar los votos de los católicos (es metodista), más que por su religión, por su defensa continua de las minorías pobres. Es, en fin, una joya para un hombre como Carter, y le va a ser de una utilidad enorme en la campaña para las elecciones presidenciales del mes de noviembre.

Una campaña cuyos grandes rasgos se están viendo ya. Son los iniciados en la convención demócrata. La campaña va a estar basada más que en un programa —la "plataforma" democrática no ofrece grandes novedades, y los discursos pronunciados hasta ahora por Carter son más bien pobres en ideas y propósitos—, en una ofensiva de lo diferente sobre lo conocido, en una explotación de las miserias de la Presidencia republicana de estos últimos ocho años. Toda la corrupción de que fueron culpa-

bles Nixon y Agnew va a recaer sobre los hombros del simplón Ford o del duro Reagan. La doble ofensiva vendrá de la seguridad de un regreso al "pasado honesto" de los Estados Unidos desbaratado en los últimos años y de la ambición de futuro y de ruptura que puede presentar Mondale. La defensa de Ford es precaria. Su campaña en estas elecciones primarias ha sido desastrosa, y la escolta de Kissinger, desgastado y aburrido, con las costillas políticas demasiado al descubierto por los harapos doctrinales e intelectuales con que intenta revestirla, demasiado hombre de Nixon, no le ayuda nada. Su vicepresidente, Rockefeller, ha resultado anodino: se esperaba de él algún brillo mayor. En realidad, Rockefeller luchó y conquistó la vicepresidencia con la esperanza de que Ford renunciase a la carrera presidencial y quedara él como candidato del partido republicano. Más le hubiera convenido al partido esa combinación. Rockefeller, con sus millones y su fama de liberal, hubiese sido un buen candidato: soldado a Ford por la permanencia en la vicepresidencia, es ahora un peso inútil y desalentado. La verdad es que Ford aceptó la presidencia repitiendo continuamente que jamás se presentaría a las elecciones de 1976, y que se limitaría a cubrir el hueco dejado por las circunstancias excepcionales en que habían desaparecido el Presidente y el vicepresidente. Naturalmente, no ha cumplido su decisión. Queda la incógnita de Reagan. Si el partido republicano decide correr esa aventura, tendrá quizá más posibilidades que con Ford. Pero Reagan representa una derecha muy cerrada, ha sido duro como gobernador y es temido por todos los grupos liberales del país. La misma división del partido, la incertidumbre en que permanecerá el 16 de agosto, favorecen ahora la posibilidad de los demócratas. Incluso haber celebrado la convención un mes antes que sus adversarios es una baza a su favor.

¿Cambiará mucho la política de los Estados Unidos si triunfa uno u otro adversario? El cambio mayor puede esperarse, sobre todo, no de la Presidencia —a pesar de su poder constitucional tan enormemente amplio—, sino de las variaciones en el Senado y en la Cámara de Representantes: es bastante seguro de que ese cambio se hará en favor del partido demócrata. En último caso, no olvidemos nunca que un Presidente de los Estados Unidos está metido dentro de un rígido engranaje de poder, que los grandes grupos industriales y militares están muy de acuerdo y que son ellos quienes dirigen en realidad la política del país, sobre todo la política exterior, que, en función de la condición de imperio, es en sí una política exterior. Como queda dicho, habrá una gran variación de estilo si gana Carter o incluso si gana Reagan; pero en lo fundamental puede haber pocos cambios en la dirección de la política de los Estados Unidos. ■

Italia

SIN LOS COMUNISTAS, PERO CON LOS COMUNISTAS

"No es posible una participación del Partido Socialista en el Gobierno con una mayoría de la que se excluya al Partido Comunista italiano"; ha dicho el Partido Socialista al presidente Andreotti, encargado de formar Gobierno. No ha entrado en razones doctrinales: "Sobre todo —ha dicho— porque debemos tener en cuenta a un electorado que ha dado 13 millones de votos comunistas". Se había pensado que los socialistas, tras la caída de De Martino en el Comité Central, podrían cambiar de puntos de vista respecto a la renovación de su colaboración ministerial con la Democracia Cristiana. De Martino ha sido sucedido por Bettino Craxi, joven y pragmático, muy ligado al "histórico" Pietro Nenni, con quien ha conferenciado después de haber sido elegido para el cargo. Han mantenido la misma postura previa: el PSI no formará Gobierno de nuevo con la Democracia Cristiana, o, al menos, no figurará en ese Gobierno mientras no haya una representación comunista. No la habrá. En el diálogo de Andreotti con el representante del PSI (que no ha sido Craxi, sino el vicepresidente de los diputados socialistas, Di Vagno), el presidente encargado ha rechazado, una vez más, la posibilidad de la entrada de los comunistas en un Gobierno nacional. "La entrada de los comunistas en la mayoría —ha dicho Andreotti— podría ser ahora traumatizante para los sectores medios que representa la Democracia Cristiana: los tiempos no están maduros". Los tiempos no están maduros en Italia para que trece millones de votantes, la segunda fuerza del país a escasa diferencia de la primera, forme parte de un Gobierno de unión nacional. Los tiempos están maduros, sobre todo, para una crisis perpetua por falta de salidas políticas reales. Se sabe ya de dónde procede una parte de la "falta de madurez": las presiones de los "paises ricos" reunidos en Puerto Rico, que bloquearían económicamente a Italia en caso de participación comunista en el Gobierno, según las escandalosas declaraciones del canciller Schmidt.

La idea de Andreotti, tomada del

nuevo secretario general, Zaccagnini —"Zac", se dice en los medios políticos—, es la de que el Partido Comunista debe permanecer en la oposición, pero contribuyendo desde ella a los "problemas institucionales y de fondo del país". "La confrontación constructiva con el Partido Comunista debe consistir en la elaboración de un programa que contenga también una convergencia amplia y motivos de asentimiento en el Partido Comunista italiano". El cual Partido Comunista italiano parece tener una posición "no negativa" —según sus propios medios— a esta posibilidad. Berlinguer parece dispuesto a considerar esa colaboración tácita o distante según sea el programa de Andreotti.

El Partido Socialista está considerando la posibilidad de formar una coalición con los "laicos". Que podría llegar al Gobierno; ahora o más tarde. Pietro Nenni, que sigue siendo inspirador profundo del partido, y cuyo papel tiene ahora más importancia que el pasado, pretende todavía la fórmula del Gobierno



Benito Zaccagnini.



Andreotti, un mal menor para sacar al país del atolladero.

el drama económico. Ha sido así hasta ahora, y a ello hay que atribuir, sobre todo, el ascenso de votos del Partido Comunista. La importancia de este diálogo es trascendental, y de su resultado depende que Andreotti pueda continuar trabajando en la formación del Gobierno. Con los sindicatos enfrente, el nuevo Gobierno se enfrentaría con una ola de huelgas que destrozaría al máximo una economía que ya apenas tiene respiros.

La opinión común es la de que Andreotti va a conseguir la semana próxima un Gobierno, probablemente monocolor, o sea, exclusivamente de la Democracia Cristiana, aunque con representaciones de sus distintos sectores, y un programa

que previamente haya sido aceptado —más o menos— por los principales partidos. La idea común es la de aceptar el Gobierno de Andreotti como mal menor: porque, de lo contrario, el país se precipitaría en una crisis a la que no se le vería ninguna salida.

También se considera que frente a ese Gobierno, la oposición parlamentaria estaría conducida por el Partido Comunista. Un Partido Comunista dispuesto probablemente a un trabajo constructivo, como se le ha pedido, para sacar al país de la crisis nacional en que se encuentra, pero continuamente vigilante, con los otros grupos de la oposición, para que los puntos del programa que han sido objeto de un acuerdo común o de un pacto sean cumplidos. Esos puntos van tam-

bién en el sentido de una renovación de la administración de la economía del país, del final de los escándalos financieros, del restablecimiento económico del proletariado y las clases oprimidas.

Es indudable que desde esa oposición, en la que ahora comenzará a reconstruirse el Partido Socialista y a salir de la vieja enfermedad que le ha ocasionado la larga colaboración con el poder y su apartamiento de la izquierda real, el Partido Comunista no descuidará su futuro. Un futuro en el que el país ya esté "maduro" para aceptarle en un Gobierno de salvación nacional y quizá más allá de un simple Gobierno de izquierdas del que podrá estar excluida la Democracia Cristiana. Que habría así perdido la batalla de la madurez. ■

de "emergencia nacional": "Hemos vuelto a declarar nuestra indisponibilidad para un Gobierno que reemprenda los viejos esquemas que están ya abandonados para siempre" (se refiere a la coalición centro-izquierda). Craxi ha explicado: "El Partido Socialista italiano está muy enfermo. No podemos vencer la batalla al Partido Comunista italiano con las armas, sino sólo con las ideas, y no sé si eso será posible".

El trabajo de Andreotti para formar Gobierno se encuentra ya con este rechazo de los socialistas y con la posibilidad de que los comunistas acepten su colaboración en la sombra si están de acuerdo con el programa que elabore el presidente. Los socialistas procederían de la misma manera. Sus coloquios con otros partidos no son mucho más esperanzadores. Este lunes ha tenido una negociación que se considera muy importante con los sindicatos. Las centrales sindicales italianas parecen dispuestas a aceptar un plan de austeridad que represente una contención de salarios, pero ponen sus condiciones: que la austeridad se aplique también a la parte del capital, que las grandes industrias acepten una presión fiscal que sea justa y que de alguna forma sea obligada a reinvertir sus beneficios de forma que se creen inmediatamente puestos de trabajo. Y que en cualquier caso, las congelaciones de salarios se rompan en cuanto continúen las subidas de precios: los sindicatos no aceptan que la clase trabajadora pague los gastos de la inflación y sea la única que soporte

CRAXI, LA ESPERANZA SOCIALISTA

Benedetto ("Bettino") Craxi —milanés, de cuarenta y dos años— ha sucedido en la dirección del Partido Socialista italiano a De Martino, de sesenta y nueve años. "Soy un anciano, tengo mi prestigio incluso en el extranjero: he querido irme más de una vez y lamento que no se me haya escuchado: se habría evitado este trauma para el partido. Es justo que se produzca ahora una renovación radical", ha dicho De Martino. ¿Puede producirlo Craxi? A pesar de su juventud, "es un socialista reformista de la cepa tradicional milanesa, pero particularmente abierto a las líneas liberales modernas", se dice en Milán, donde ha hecho gran parte de su carrera política: miembro de las Juventudes Socialistas cuando estudiaba el Bachillerato, dirigente de la Federación milanesa a los dieciocho años, miembro del Comité Central a los veintitrés años (por los "autonomistas" de Pietro Nenni, su maestro). Diputado desde los treinta y cuatro años —hasta ahora— por la circunscripción de Milán.

Atención a su edad y a su carrera: "Bettino" Craxi no ha conocido el fascismo, o apenas lo ha entrevisto en su infancia, con el final de la guerra. Es el primero de los dirigentes políticos italianos que no tiene detrás acciones de guerra o clandestinidad, exilio, lucha antifascista. Es un político "normal". Con él entra una nueva generación en la política. Podría tener la au-

sciencia de prejuicios necesaria para una reconstrucción de este partido, glorioso un tiempo, pero terriblemente fragmentado después: de él salieron los grandes fascistas —Mussolini— y las grandes víctimas del fascismo, los partidarios del Frente Popular y los más duros anticomunistas. Destrozado por la Historia y por los avatares de la compleja vida política italiana, el Partido Socialista podría encontrar en Craxi la fuerza que sus congéneres franceses han encontrado en Mitterrand, las que el socialismo español puede encontrar en las generaciones jóvenes que hoy representa Felipe González. Un socialista para esta época.

Su fondo es el de un humanismo socialista. Se dice que este humanismo, más que las tradiciones del partido, le alejó de los comunistas en los días —ya lejanos— de Budapest (1956: criticados también, por cierto, por los comunistas italianos). Escribe libros políticos en ese tono. "De Santiago a Praga" es uno de sus títulos, muy expresivo. Santiago es, naturalmente, Santiago de Chile: Craxi medita sobre el socialismo "humano" de Dubcek y de Allende. Otro libro suyo es "Socialismo y realidad". Se le considera como un conocedor considerable de literatura y de cine, y ha fundado un cine-club. Pero prácticamente dedica todo su tiempo a la política, sin las escapatorias que tenía un De Martino, aficionado a la caza y a la pesca.



"Bettino" Craxi: Un fondo de humanismo socialista.

Amigo personal de Allende, de Mitterrand y de Soares, políglota, internacionalista (miembro de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara), cree firmemente en el internacionalismo socialista, y ha dedicado a él muchas horas de trabajo y de atención. Viaja mucho, asiste cuando puede a reuniones internacionales y lee "Le Monde" cada día, "desde el título al pie de imprenta". ■